

zado su trabajo; no la gustaba que la interrogasen acerca de esto, y volvía la cara á todo el mundo, excepto á mi, que me miraba largo tiempo, sin decirme nada. A veces sus labios se movían como si hubiese hablado, pero solo balbuceaba palabras ininteligibles para todos. A veces un pequeño temblor corría sobre la piel de sus mejillas que se arrugaba como el cristal de un agua dormida, herida por el primer presentimiento de los vientos de la mañana. Pero cuando me sentaba á su lado, la tomaba la mano y tocaba ligeramente los largos párpados de sus ojos cerrados con el ala de mi pluma ó con la punta de una ramita de romero, entonces lo olvidaba todo, y se ponía á reír y á hablar como siempre; únicamente se quedaba triste después que habíamos reído y jugado.

Algunas veces solía yo decirle:  
—Graziella, qué estás mirando ahí durante horas enteras á la estremidad de los mares? Ves alguna cosa que no vemos nosotros?

—Estoy viendo la Francia detras de unas montañas heladas, me respondía ella.

—Y qué espectáculo tan hermoso descubres en Francia?

—Veo un hombre que se parece á tí, un hombre que va andando por un largo camino que no se acaba: anda sin volverse, y no se para nunca, y yo estoy esperando horas enteras para ver si vuelve sobre sus pasos. Pero jamás quiere volver la cara.

Y dicho esto se ocultaba el rostro en su delantal, y por mas cariños que yo la hacía, no quería levantar su hermosa frente.

Entonces me volvía yo bien triste á mi cuarto. Quería leer para distraerme, pero veía siempre su fisonomía entre mis ojos y la página, convirtiéndome que las palabras tomaban una voz, y suspiraban acordes con nuestros corazones. Por fin concluía por llorar yo también á solas, pero me avergonzaba de mi melancolía, y jamás decía á Graziella que había llorado. Hacía mal porque una lágrima mía la habría consolado tanto!

Me acuerdo de la escena que mas impresion hizo en su corazón y de la cual nunca se curó completamente.

Hacia algun tiempo que se había hecho amiga de dos ó tres jóvenes de su edad poco mas ó menos, que habitaban en una casita rodeada de jardines. Estas jóvenes componían y arreglaban los vestidos de una casa de educación francesa establecida por Murat en Nápoles, para las hijas de sus generales y ministros. Las jóvenes prociitanas se ponían á hablar á veces desde abajo con Graziella, que las miraba por el pretil de la azotea: ellas la enseñaban hermosos encajes, sederías, sombreros, zapatos, cintas y chaques que llevaban ó traían para las jóvenes del convento. Estas riquezas excitaban gritos de sorpresa y de admiración que no acababan nunca. A veces las amigas iban á buscar á Graziella para llevarla á misa ó á visperas que se cantaban con música en la capilla del Pausilippo. Yo las salía á buscar cuando caía el sol, ó cuando los repiques de campanas me advertían que iba á echar la bendición el cura, y volvíamos juntos jugando por la playa adelantándonos á desafiar las olas cuando se retiraban, y echando á correr delante de ellas cuando volvían. Dios mío! qué hermosa estaba Graziella entonces cuando temiendo mojar sus bonitas zapatillas bordadas con lentejuelas de oro, corría con los brazos abiertos hacia mí como para refugiarse sobre mi corazón contra las olas ansiosas de detenerla ó al menos de bañarla los pies!

Había notado que me ocultaba alguno de sus pensamientos, porque tenía conversaciones ocultas con sus jóvenes amigas, conciliábulo al que nunca fui admitido.

Una noche estaba yo leyendo en mi cuarto, á la luz de una lámpara de barro encarnado, y mi puerta de la azotea estaba abierta para que entrase la brisa de la mar. De pronto oí ruido, largos cuchicheos y risas ahogadas, á las cuales sucedieron quejas y palabras acerbas, y por último nuevos gritos interrumpidos por largos silencios en el cuarto de los niños y de Graziella. Pero no hice gran atención á ello.

Sin embargo el cuidado que ponían en hablar bajo y la especie de misterio que aquello suponía, acabó por excitar mi curiosidad. Dejé mi libro, coji la luz con la mano izquierda, poniendo la derecha delante para que no se apagase con el viento, y atravesé silenciosamente la azotea, sentando con mucho cuidado los pies en el suelo; apliqué mi oído á la puerta de Graziella, y oí un ruido de pasos que iban y venían por el cuarto, oí doblar y desdoblar telas, ruido de dedales, y agujas y tijeras de mujeres que cortaban cintas y arreglaban pafuelos, acompañado todo esto de ese rumor de voces frescas y juveniles que había oído muchas veces en casa de mi madre, cuando mis hermanas se vestían para ir al baile.

No había fiesta ninguna en el Pausilippo al otro día, y ademas Graziella no había pensado nunca en realizar su belleza por la compostura: ni siquiera tenía un espejo en su cuarto; se miraba en el cubo de agua del pozo de la azotea, ó mejor dicho no tenía otro espejo que mis ojos.

Mi curiosidad no pudo resistir á este misterio: empujé la puerta con la rodilla, se abrió aquella y me presenté con la lámpara en la mano sobre el umbral.

Todas aquellas jóvenes lanzaron un grito y se escaparon volando como pájaros, refugiándose en los rincones del cuarto, como si las hubiese sorprendido cometiendo un crimen. Aun tenían en la mano los objetos de convicción; una el hilo, otra las tijeras, esta las flores y aquella las cintas. Pero Graziella, colocada en medio del cuarto, en un banquillo de madera, y como petrificada por mi repentina aparición, no había podido escaparse, y estaba roja como una granada, bajando los ojos para no verme, y respondiendo apenas. Todo el mundo calló esperando lo que yo iba á decir, pero yo no decía nada, absorto como estaba en la sorpresa y en la contemplación de aquello que tenía delante.

Graziella se había quitado sus vestidos de lana: su corpiño galoneado á la moda de Prócida, abierto por delante, sus zapaticas de lentejuelas de oro con tacón de palo en las cuales jugaban ordinariamente sus pies desnudos, sus largos alfileres con cabezas de cobre que enroscaban en lo alto de su cabeza sus cabellos negros, y por último sus pendientes anchos como braceletes, estaban tirados confusamente sobre su lecho con su traje de mañana.

En vez de este pintoresco vestido griego que tan bien sienta á las pobres como á las ricas, y á cuyo beneficio el cuerpo de la mujer tiene libertad y soltura por todas partes, las jóvenes amigas de Graziella la habían revestido á sus ruegos, del traje y adornos de una señorita francesa de su edad y estatura que había en el convento. Tenía puesto un vestido de seda de nuare, un cinturón de color de rosa, un pañolito blanco, un tocado de flores artificiales, zapatos de raso azul y medias de seda caladas que debían ver el color de carne en los redondos tobillos de sus pies.

Permanecía pues en ese traje bajo el cual acababa de sorprenderla tan confundida como si la hubiesen sorprendido desnuda. Yo la miraba sin poder apartar los ojos de ella, pero sin que pudiese adivinar por un ademán, una exclama-

ción ó una sonrisa la impresion que experimentaba con aquel disfraz: una lágrima me había subido al corazón, porque había comprendido al instante cuál había sido el pensamiento de la pobre joven. Avergonzada de la diferencia de condición que existía entre nosotros dos había querido probar si una igualdad de traje igualaría á mis ojos nuestros destinos, y esto lo había hecho á escondidas con la ayuda de sus compañeras, para presentarse á mi de repente mas hermosa y mas de mi especie que lo creía ser con el sencillo traje de su isla y de su estado. Mucho se engañó y bien luego hubo de conocerlo en mi silencio. Su fisonomía tomaba una espresion de impaciencia desesperada y casi de lágrimas que me revelaba su oculto designio, su crimen y su decepcion.

Sin embargo muy hermosa estaba de aquel modo, y su pensamiento debía embellecerla mil veces mas á mis ojos. Pero su hermosura tenía todas las apariencias de un tormento: era como una figura de esas jóvenes vírgenes del Correggio clavadas al madero sobre la hoguera del martirio, y torciéndose en sus lazos para evitar las miradas que profanan su pureza. Ay! también aquel era un martirio para la pobre Graziella, pero era el martirio de su amor, y no el martirio de la vanidad, como se habría podido creer al verla.

El traje de la joven colegiata francesa del convento que se había puesto, cortado sin duda para el delgado talle y para los brazos y hombros endebles de una niña de trece á catorce años, era demasiado estrecho para el talle suelto y los hombros redondos de aquella hermosa hija del sol y de los mares. El vestido se desgarraba por todas partes, en los hombros, en el pecho y en la cintura como una corteza de si. Comoro que se abre sobre el tronco del árbol con la abundante savia de la primavera. Por mas que sus amigas habían querido gobernarlo á fuerza de alfileres, la naturaleza había roto la tela á cada movimiento, viéndose en muchos sitios, á través de las roturas de la seda, la desnudez de los brazos ó del cuello. El grueso lienzo de su camisa se descubría por algunos sitios contrastando con la elegancia de la seda: los brazos, mal contenidos en una manga corta y estrecha salían como sale de su crisálida la rosada mariposa: sus pies, acostumbrados á ir descalzos, ó metidos en anchas zapaticas griegas, torcían el raso de los zapatos que parecían tenerla sujeta en lazos en cordones anudados, como los de las sandalias al derredor de sus piernas; por último sus cabellos, mal puestos y mal sostenidos en la redcecilla de encaje y de flores falsas, alzaban como por sí mismos todo ese edificio de peinado, y daban al precioso rostro, que en vano habían querido desfigurarse así, una espresion de descaro en el adorno, y de vergonzosa modestia en la fisonomía, que formaban el contraste mas primoroso y extraño.

Su actitud era tan violenta como su cara: no se atrevía á hacer un movimiento temiendo que se cayesen las flores de su frente ó que se ajase la seda, y no podía andar porque su calzado la oprímia los pies, imprimiendo al mismo tiempo una gracia sin igual á sus pasos. Habriase dicho que era la ingenua Eva de aquella mar del sol cogida en el lazo de su primera coquetería.

Un buen rato duró el silencio en el aposento; pero al fin mas contristado que alegre de aquella profanación de la naturaleza, me adelanté hacia ella, haciendo con mis labios un ligero gesto de ironía y mirándola con aire de inconsciencia como si no pudiese reconocerla bajo aquellos reunidos atavíos.

—Cómo! la dije; eres tú Graziella? Quién habría podido reconocer á la hermosa *prociitana*, con ese feo disfraz

parisiense? No te avergüenzas, la dije en tono áspero, de desfigurarse así lo que Dios ha hecho tan encantador bajo tu traje natural? Por mas que lagas, no serás nunca sino una hija de las olas con el pie marino y la cabeza adornada con los rayos de tu hermoso cielo. Tienes que resignarte y dar gracias á Dios; esas plumas de pájaro enjaulado no sentarán bien jamás á la golondrina de los mares.

Esta palabra la penetró hasta lo mas recóndito del alma, porque no comprendió la apasionada preferencia y adoración que tenía yo á la golondrina de los mares. Creyó que la desafiaba á que se pareciera nunca á las de mi raza, y hubo de imaginarse que estaban perdidos para siempre todos sus esfuerzos para hermosearse por causa mía y para engañar mis ojos sobre su humilde condición. Así se desahozó en lágrimas de repente y sentándose al borde de su cama, con el rostro oculto entre sus dedos, suplicó en tono enfadado á sus amigas que la quitasen luego tan odioso prendido.

—Ya sabía, dijo sollozando, que no era mas que una pobre prociitana; pero quería probar si no te avergüenzarías en el caso de que un día pudiera seguirte á tu país. Veo que debo ser siempre lo que soy, y que debo morir donde he nacido; pero has hecho mal en hacérmelo sentir de ese modo.

Al decir estas palabras se arrancó con despecho las flores, los encajes y el pañuelo, y arrojando estos objetos lejos de sí, los pisoteó reconviéndose á sí misma, como hizo su abuela con las tablas de la barca el día del funesto naufragio. Enseguida precipitándose sobre yo estaba, apagó de un soplo la lámpara que llevaba yo en la mano para que no pudiese verla mas tiempo en aquel traje que tan poco me gustaba.

Conoci que había hecho mal en burlarme de ella con acritud, porque había tomado seriamente mis palabras. La pedí perdón, y la dije que la había reñido porque me parecía mil veces mas hermosa vestida de prociitana que de francesa, como así era, pero el golpe la había herido, y seguía sollozando sin escucharme.

Sus amigas la desmularon, y yo no volví á verla hasta el otro día, cuando había vuelto á su traje acostumbrado, pero sus ojos estaban encarnados de las lágrimas que había vertido aquella noche por mi culpa.

Hacia el mismo tiempo principié á entrar en cuidado por las cartas que recibía yo de Francia, suponiendo que en ellas me ordenaban el acelerar mi viaje, pero no se atrevió á quitarme ninguna, tan leal era su corazón, aun cuando se tratase de su sosiego. Sin embargo, á veces se quedaba con ellas nueve días, prendiéndolas con uno de sus alfileres dorados detras de la estampa de la Madona colgada en la pared al lado de su cama, imaginando que la santa Virgen, enternecida por muchas novenas en favor de nuestro amor, cambiaría milagrosamente el contenido de las cartas, y transformaría las órdenes de partida, en invitaciones para que permaneciese en su casa. Yo sabía estos inocentes artificios, que la hacían mas preciosas á mis ojos, pero la hora fatal se aproximaba.

(Se concluirá.)

FRANCISCO DE PAULA KERG.

Francisco de Paula Kerg nació en Viena el 2 de mayo de 1689, siendo hijo de un pintor de escaso mérito, que, equivocándose con respecto á sus disposiciones, le destinó á la pintura de historia. El joven veía la naturaleza de otro modo; todo, á su vista, se achicaba y tomaba proporciones



casi microscópicas, debiendo añadirse también que todo era alegría en su imaginación. Lo mismo que Ruysdael, Claudio de Lorena ó el Poussin, se figuraba que la naturaleza sola, ó poblada únicamente con algunas figuras, no bastaba para hacer un cuadro; el joven Kerg necesitaba reuniones, poblaciones enteras en un espacio de algunas pulgadas; necesitaba mercados, ferias, bailes, y grupos de hombres y de

animales en las plazas públicas, que dejaba reducidas á las dimensiones de un pliego de papel. Así descolgó en este género, y eso es lo que importa, hablando del artista; en cuanto al espectador, es diferente; este preferirá por lo común admirar meditabundo un cuadro de Claudio de Lorena, de Poussin ó de Ruysdael, que alegrarse ante una composición de Francisco de Kerg.



KERG P.

A. PAVILLER D.

L. DUJARDIN S.

Kerg. — La feria de aldea.

Nuestro pintor estudió el arte de hacer figuritas en casa de Hans Graf, y aprendió los efectos de la naturaleza en el estudio de José Oriente, uno de los mas famosos paisagistas de la Alemania. Enseguida se puso á viajar, encontrándose en Leipsick con otro paisagista llamado Alejandro Thiele, que le llevó á Dresde en donde vivió algunos años. Despues se fué á Inglaterra, se casó en Lóndres, y su matrimonio no fué afortunado. Ahogado por los sinsabores, dejó de trabajar, llegó la miseria, y una mañana le encontraron muerto en el portal de la casa que habitaba. Espiró, segun dicen, por los años de 1740.

Kerg, dice M. Carlos Blanc, tomando su fallo de los *Eclaircissements historiques* de Nageborn, Kerg merece seguramente el primer puesto entre los artistas que han re-

presentado multitud de figuritas en pequeños lienzos... Además embelleció sus composiciones con hermosas fábricas, con ruinas de un estilo elevado, y sus colores, admirablemente combinados añadían á una intencion poetica lejana, el encanto vaporoso que se nota en Wouwermans y Poelenburg. Nunca omitió ninguno de esos bonitos accidentes que ofrece la naturaleza. Sus fuentes, sus arcos, sus restos de columnas, se reproducen en sus pinturas con los matices del marmol y con la transparencia del alabastro. Sus tonques son blandos, y sin embargo se distinguen efectos de luz que realizan las figuras y prestan relieve á los grupos; por último, un artista que desplegara en grande tantas cualidades como Kerg ha mostrado en lo pequeño, podría ocupar un puesto elevado entre los pintores de historia. J. J. ARNOUX.

## EL TORDO ROJO DE AMERICA (TURDUS RUFUS).



Dibujo de Freeman, copiado de Audubon.

El célebre ornitólogo americano John James Audubon (nacido en 1780 y muerto en 1851) hablando del tordo rojo de América, se expresa en los siguientes términos:

« Es mi favorito; le debo tanto! Cuántas veces ha rea-

timado mi abatido espíritu su nota sonora oída en el bosque, despues de una noche sin reposo! Mal protegido contra el imperioso huracan en mi choza de ramas recogidas de prisa, teniendo que renunciar á sostener mi hoguera



cuyo incierto y vacilante resplandor espiraba poco á poco bajo la invasión de una lluvia extraordinaria, pasó largas y terribles noches sin ver cielo ni tierra; el incansable diluvio lo envolvía todo en una profunda oscuridad, rayada de tiempo en tiempo por la ardiente luz de los relámpagos. El rayo iluminaba el bosque, se deslizaba á lo largo de los negros troncos, deslumbraba la vista, y en medio de los silvidos, y del ruido lamentable que hacían los árboles al caer partidos en el suelo, desaparecía, dejando en pos de sí tinieblas mas sombrías que antes. Lejos de los mios, hambriento, aniquilado y tan solitario y triste que á veces pegaba conmigo mismo; furioso por haberme espuesto de aquel modo, á punto de presenciar la destrucción del fruto del trabajo de toda mi vida, en tanto que el agua me obligaba á permanecer en pie, inmóvil, temblando como en un violento acceso de fiebre, mi cuerpo preso de los misticos, turbado el ánimo con el recuerdo de los años de mi juventud, atormentado con la terrible idea de que no volvería á entrar en mi casa, de que no volvería á estrechar en mis brazos á mi mujer y á mis hijos, cuántas veces he esperado con la paciencia de un mártir que rayara la aurora! Pero en cuanto sus inciertos resplandores despuntaban á través de las hojas, el toro solitario (*turdus mustelinus*) hacia vibrar su deliciosa canción hasta en el fondo de mi alma! Con cuánto fervor, al escucharle, he bendecido al Criador que le colocó en los bosques solitarios y sombríos, como para consolarme en medio de mis privaciones, haciéndome sentir que jamás debe desesperar el hombre, porque sus cantos son la señal de la esperanza. En efecto, rara vez el animal se engaña; apenas han resonado sus notas sonoras entre las altas ramas, cuando el horizonte se despeja; poco á poco los rayos de la luz brillan espléndidos y ardorosos. Los concitados vapores que flotaban sobre la tierra desaparecen, y resuenan los bosques con las melodiosas acciones de gracias de millares de cantantes alados.»

Audubon habla con una verdadera gratitud de las infinitas especies de mirlos y de tordos; su pluma las describe, y su lapiz las reproduce con emoción. Hé aquí como pinta el ataque de un nido de esas aves por una serpiente, que se ve en nuestro grabado:

«Quién no simpatizaría, dice, con esa tierna escena? El valeroso macho trata de libertar de los pliegues del reptil á su hembra casi espirante. A los gritos de la familia toda acude á todo vuelo otro macho, que con el pico abierto de rabia va á dar un golpe de venganza, en tanto que otro desgarra la piel del enemigo de su raza.

«Las aves que represento aquí, prosigue Audubon, padecieron mucho en el ataque; el nido quedó destruido, y los huevos fueron aplastados; la madre corrió un gran peligro, pero la serpiente fué vencida, y una multitud de tordos, mirlos y otros pájaros cantaron sobre su cadáver un himno de alegría que resonó á lo lejos en los bosques. Por mi parte contribuí á la satisfacción común: cogi con cuidado á la hembra medio muerta, la calenté en mi mano, y cuando volvió á la vida, se la devolví al macho que me observaba con zozobra.»

Hasta aquí las impresiones de M. Audubon en su viaje científico, y que han quedado consignadas en una obra en cinco tomos llena de descripciones pintorescas sobre las aves raras de América, que encontró en sus exploraciones solitarias. Ahora añadiremos algunos pormenores para completar la inteligencia de nuestro grabado.

El toro rojo americano (*turdus rufus*) tiene el pico negro, delgado, bastante largo, ligeramente arqueado, com-

primido, puntiagudo, abovedado hácia el medio de la mandíbula superior, cortante á las orillas, y la extremidad encorvada; los agujerillos de la nariz, oblongos, se hallan medio cerrados por una membrana. Su forma general es ligera y elegante. Sus patas, de color oscuro, son fuertes y largas; sus tarsos comprimidos, se hallan reticulados hácia arriba así como los dedos y la canilla, y las uñas son apretadas, encorbadas y agudas. Su suave plumage está lleno de manchas. El primer cuchillo de sus alas es corto; el cuarto y el quinto son mas largos; en la cola tiene hasta doce todos largos y redondeados. El iris es amarillo. Su color general es un rojo brillante un poco oscuro. A través de sus dos largas alas, en la extremidad de la pluma de encima y en la de las plumas secundarias, se ven dos hermosas rayas blancas con franjas negras. El pecho es de un color blanco amarillento, sembrado de manchas de un color oscuro; las últimas plumas de la cola teñidas de rojo, parecen menos oscuras. La hembra, que con poca diferencia es igual al macho, tiene las rayas de las alas mas estrechas, y las manchas del cuello mas claras. Su longitud total no pasa de 20 centímetros, teniendo 33 la estension de sus alas.

El nido se halla colocado en una encina negra, especie muy común en los barrens de Kentucky, cuya leña no sirve mas que para la lumbre, y que producen abundante cosecha de bellota para cebar los cerdos.

La serpiente negra, sumamente ágil, salta fácilmente por los troncos de los árboles se desliza por el suelo entre las zarzas, y desaparece con una velocidad tan increíble que toda persecución es vana. No se alimenta mas que con pájaros, ranas, huevos y cuadrúpedos pequeños; mostrando una grande antipatía por las otras clases de serpientes, que combate á muerte á la menor provocación, aunque se halla desprovista de presas.

## GRAZIELLA.

POR

M. A. DE LAMARTINE.

(Véanse las págs. 181, 188, 194, 202, 213, 217, 226, 234, 245 y 252.)

Una noche de los últimos días del mes de mayo, llamaron estrepitosamente á la puerta; toda la familia estaba durmiendo, y salí yo á abrir: era mi amigo V....., que me dijo:

— Vengo á buscarte; toma esta carta de tu madre; creo que no te opondrás á su voluntad. Los caballos estarán dispuestos á las doce; son las once, con que vámonos, ó no partirás nunca, lo que causaría la muerte de tu madre, porque ya sabes que toda la familia la hace responsable de sus faltas. Bastante se ha sacrificado por ti, con que sacrificate un momento por ella. Te juro que volveré contigo á pasar el invierno y un año entero aquí, pero debes acceder á los ruegos de tu familia, y obedecer á las órdenes de tu madre.

Conoció que estaba perdido, y le respondí:

— Esperame aquí un instante.

Entré en mi cuarto, arrojé apresurado mis vestidos en el cofre, y escribí á Graziella diciéndola todo cuanto podía dar de sí la ternura de un corazón de diez y ocho años, y todo cuanto la razón podía imponer á un hijo amante de su madre, jurándole, como me lo juré á mi mismo, que antes de cuatro meses volvería á verla, y que entonces quizá sería para no separarnos. Confié la incertidumbre de nues-

tro futuro destino á la Providencia y al amor, y la dejé mi bolsa para que ayudara á sus ancianos padres mientras duraba mi ausencia. Cerrada la carta, me acerqué á pasos lentos á arrodillarme junto al umbral de su puerta: besé la piedra, y el marco, y deslicé el papel por debajo de la puerta, devorando los sollozos interiores que me abogaban.

Mi amigo me levantó y me llevó consigo. En aquel momento, Graziella abrió la puerta, alarmada sin duda por el ruido que había oído. La luna que alumbraba la azotea, la hizo reconocer al punto á mi amigo; entonces pasó un mozo con mi maleta al hombro; la pobre jóven tendió los brazos, lanzó un grito de terror y cayó inanimada sobre la azotea.

Nosotros corrimos á ella, la levantamos, y la transportamos privada de conocimiento á su cama. Toda la familia acudió al instante, la echaron agua en el rostro y la prodigaron las mas tiernas caricias, pero Graziella no volvió á la vida sino al oír mi voz.

— Lo ves? me dijo mi amigo, el sentimiento ya lo tiene; cuanto mas larga sea la despedida tanto mas terrible será.

Al decir esto separó los helados brazos de la jóven de mi cuello y me arrancó de la casa. Una hora despues caminábamos en el silencio de la noche con dirección á Roma.

En la carta que dejé á Graziella le había puesto muchos sobres para que me escribiera. Su primera carta la recibí en Milan. En ella me decía que estaba muy enferma sobre todo del corazón, pero que sin embargo confiaba en mi palabra, y me esperaba con seguridad para fines de setiembre.

Llegado á Lyon, hallé otra carta mas serena aun y mas confiada. Dentro de ella venían algunas hojas del clavel rojo que había en un tiesto sobre el pretil de la azotea, junto á mi cuarto, y del cual solía ella sacar su tocado para los domingos. Me enviaba aquellas hojas, por enviarme algo que la hubiese tocado, ó era una tierna queja disfrazada bajo un símbolo para recordarme que por mí había sacrificado sus cabellos?

Me decía «que había estado con calentura; que tenía el corazón muy oprimido, pero que se iba mejorando de día en día, y por último que para cambiar de aire y sanar enteramente, la habían enviado á casa de una de sus primas, hermana de Cecco, que vivía en el Vomero elevada colina que domina á Nápoles.»

Mas de tres meses permaneci después sin recibir ninguna carta. Todos los días pensaba en Graziella, y debía volver á Italia á principios del próximo invierno. Su imagen triste y encantadora se me presentaba á veces como una reconvencción amistosa; pero me hallaba en esa edad ingrata en que la ligereza y la imitación hacen que un jóven se avergüence de sus mejores sentimientos; edad cruel en que los mas bellos dones de Dios, el amor puro, los afectos ingenuos caen como en la arena, siendo llevados en su flor por el viento del mundo. La irónica vanidad que había aprendido de mis amigos combatía muchas veces la ternura viva y oculta en el fondo de mi corazón. No me habría atrevido á confesar sin sonrojarme, y sin espolmerme á la burla, cuales eran el nombre y condición del objeto de mis tormentos y tristezas: Graziella sin estar olvidada, se hallaba como velada, y aquel amor que encantaba mi corazón, humillaba mi respeto humano. Su recuerdo, que solo me alimentaba en la soledad, me perseguía en la sociedad como un remordimiento. Cuánto me avergüence hoy de mi vergüenza de entonces! y cuánto mas valia una expansion de gozo, ó una lágrima de sus castos ojos, que todas aquellas miradas, y aquellas afectadas sonrisas á las cuales me hallaba dispuesto á sacrificar

su imagen! Ah! el hombre demasiado jóven no sabe amar, porque no conoce el valor de las cosas, ni sabe lo que es felicidad, hasta que la ha perdido! En los arboustos del bosque hay mucha savia y mucha sombra; pero hay mucho mas fuego en el corazón de la vieja encina.

El verdadero amor es el fruto maduro de la vida. A diez y ocho años no se conoce, se le imagina uno. En la naturaleza vegetal, cuando viene el fruto se caen las hojas, quiza sucede lo mismo en la naturaleza humana. Mucho he pensado en esto desde que me han salido canas; mucho he llorado el no haber conocido entonces el valor de aquella flor de amor; todo fué por vanidad; la vanidad es el peor, y el mas necio de todos los vicios, porque hace que uno se avergüence de su felicidad.

Una noche de las primeras de noviembre me entregaron á la vuelta de un bañe, una carta y un lio que me acababa de traer un viajero que venia de Nápoles, y había cambiado de caballos en Macon. El desconocido viajero me decía que, habiéndole encargado para mí un mensajero importante uno de sus amigos, director de una fábrica de coral en Nápoles, cumpliera al paso con su encargo; pero que como las noticias que me traía eran muy tristes, no quería verme, y me suplicaba únicamente que le escribiera á Paris la recepción del lio y de la carta.

Abri temblando el envoltorio, y hallé bajo el primer sobre la última carta de Graziella que no contenía mas que estas palabras: «El médico dice que moriré dentro de tres días, y quiero despedirme de ti antes que me falten las fuerzas para ello. Oh! si estuvieses aquí, viviría, pero tal es la voz luntada de Dios. Pronto te hablaré desde lo alto del cielo; ama á mi alma, que estará contigo mientras vivas; te dejo mis cabellos que por ti me corté una noche: conságraloslos á Dios en una capilla de tu país, para que haya algo mio al lado tuyo.»

Me quedé petrificado de dolor con su carta entre las manos hasta el amanecer; solo entonces tuve valor para abrir el segundo sobre. Toda su hermosa cabellera estaba allí, tal como me la mostró en la choza; y aun se hallaba mezclada con algunas hojas que se le habían pegado aquella noche. Cumplí con su último deseo. Desde aquel momento mi rostro y mi juventud tomaron una sombra de su muerte.

Doce años despues volví á Nápoles, y quise buscar sus huellas, pero no pude hallar ninguna ni en la Margellina ni en Prócida. La casita de la isla estaba hecha un monton de ruinas: el tiempo borra pronto las cosas sobre la tierra, pero no borra nunca la huella de un primer amor en el corazón que lo siente y lo ha llorado.

Pobre Graziella! Muchos días han pasado despues de aquellos días. He vuelto á amar y he sido amado; otros rayos de belleza y hermosa han iluminado mi camino sombrío; otras almas se han abierto á mi para revelarme en un corazón de mujer, los mas misteriosos tesoros de hermosura, de santidad y de pureza que Dios haya animado en la tierra, á fin de hacernos comprender, presentir y desear el cielo; pero nada ha podido empañar el recuerdo de tu primera aparición grabado en mi alma: cuanto mas he vivido tanto mas he acreado á ti por el pensamiento, tu recuerdo es como aquellas luces de la barca de tu abuelo, que la distancia purifica de todo humo, y que cuanto mas se alejan de nosotros, tanto mas brillan. No sé en donde están tus despojos mortales, ni si hay alguien que te llora aun en tu país, pero tu verdadero sepulcro está en mi alma: en ella estás enterrada en-



tera. Jamás tu nombre me hiere en vano; y amo con ardor la lengua en que se pronuncia: en el fondo de mi corazón hay una lágrima que filtra gota á gota, y que cae en secreto sobre tu memoria para refrescarla y embalsamarla en mi seno.

FIN.

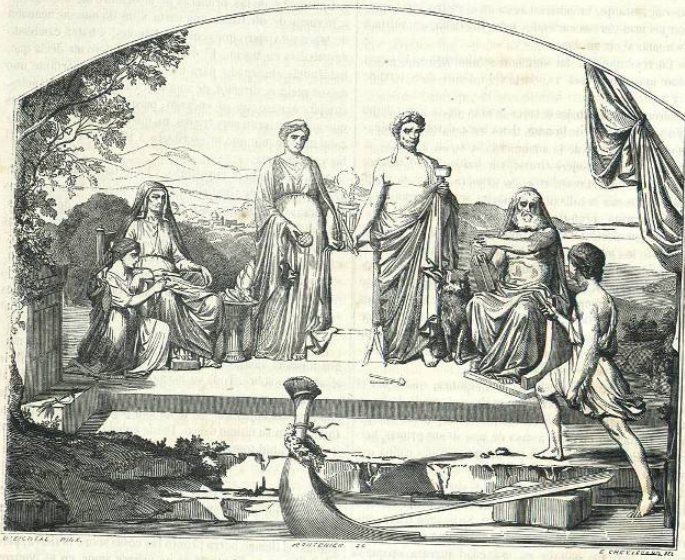
## LA VIDA HUMANA.

En el catálogo de la Exposición de cuadros del año actual, se lee en la descripción del dibujo, cuyo grabado verán nuestros lectores con estas líneas, las siguientes palabras:

«Figurar la vida es figurar la actividad bajo sus diferen-

tes formas, es figurar las mutuas relaciones de los dos sexos en distintas edades. Tal es el objeto que se ha propuesto el autor en la composición de que hablamos.

» El joven de vuelta de su primera escursión por el mundo, deja su barca y sube á la ribera. El hombre y la mujer, en la edad procveta, el esposo y la esposa, le esperan en pié junto al altar, y le ofrecen el pan y el vino, símbolos antiguos de la comida. La mujer tiene en la mano el diapasón, y el hombre la regla, origen de la armonía y del compás. El anciano indica al joven con el ademán la pareja en que reside ahora la vida en su mas alto grado de desarrollo. La anciana espera con una emoción contenida al sucesor de la generación que reemplaza la suya. La joven, abrigada aun



La vida humana.—Composición de M. G. de Eichthal.

bajo el manto de la abuela, considera con curioso interés la escena que tiene ante los ojos. El paisaje reproduce el contraste que existe en la vida de ambos sexos. Por el lado del hombre el espacio no tiene límites, y se descubre el Océano; por el lado de la mujer, se ve el valle con su horizonte cerrado, la verdura, la ciudad y el sepulcro.»

Esta descripción tan clara y precisa no deja la menor duda sobre el carácter del dibujo. La escena que estamos viendo y que nos sorprende por una especie de apariencia misteriosa, es el restimen figurado de una doctrina filosófica sobre la vida humana, y particularmente sobre la familia: es un símbolo.

El catálogo consigna otro hecho que merece también llamar la atención.

El autor principal del dibujo no es pintor ni dibujante: es un talento consagrado al estudio del destino y de los debe-

res humanos, es lo que se llama un filósofo en el mas bello sentido de la palabra. M. Gustavo de Eichthal no solo ha concebido la idea general de la composición, sino que ha imaginado el conjunto y los detalles, dictando á los dibujantes la fisonomía, el ademán, el movimiento en cada uno de los personajes, marcando todas las cosas accesorias y los ornatos, determinando la significación y el valor de las mas pequeñas líneas, sin que un solo rasgo se halle abandonado al acaso ó á la simple inspiración del gusto, y por último ha tenido el talento de llamar en su ayuda á dos hábiles artistas que le han servido altamente para la parte práctica, haciéndose ambos, por decirlo así, su mano y su lápiz, á semejanza de aquellos religiosos que mandaban representar en las paredes de sus claustros los cuadros que habían visto en sus meditaciones estáticas.

El dibujo de M. de Eichthal, aun cuando no fuera la espresión

de una elevada idea filosófica, tendría un valor real como obra de arte. Antes de penetrar en el entendimiento gusta á la simple vista. El tipo de las figuras es muy noble; las actitudes son dignas y graciosas, y un sentimiento tierno, grave y sereno respira en las diferentes fisonomías de este grupo colocado en un paisaje sobrio y variado.

En cuanto á la idea, á pesar de que se manifieste bastante trasparente en el dibujo, sería algun tanto temerario, á nuestro juicio, el querer hoy juzgarla por entero. La simbólica composición de M. de Eichthal no debe considerarse de otro modo sino como la portada de un libro donde se vera espuesta la teoría con todos los detalles que requiere el asunto. Así, pues, sólo nos atrevemos á indicar aqui lo que puede descubrirse á primera vista.

Supongamos que un pintor haya querido dar la idea de la constitución de la familia en los primeros tiempos de la historia humana: es probable que su cuadro presentaría, con poca diferencia, el aspecto siguiente: Como figura principal y dominando las demas, se podría ver un anciano cuya actitud y austera fisonomía manifestase la autoridad absoluta. Á la derecha y mas abajo se vería su niño mayor con sus hijos y sus hermanos, inclinados todos en señal de humildad y de obediencia pasiva. Á la izquierda, y en escala inferior, podrían estar las mujeres todas, sin exceptuar á la esposa del anciano, tendidas en el suelo, si no prosternadas, sufriendo sin lucha la inflexible dominación del jefe de la familia, aceptando la inferioridad de su sexo sin quejarse.

Tal fué, en efecto, la familia durante muchos siglos y en casi todos los pueblos. El padre tenía derecho de vida y muerte sobre los hijos. La esposa, comprada como una esclava ó una criada, podía ser repudiada, rechazada del seno de la familia, y arrojada del hogar doméstico, segun el capricho de su amo. El hijo primogénito heredaba la autoridad del padre, y el nacimiento de una hija era considerado como una desgracia ó una vergüenza.

Este sombrío cuadro se ha ido modificando insensiblemente en el curso de la historia. Al despotismo militar ha sucedido la dominación paterna; ya no pesa sobre la mujer la antigua reputación de antes, la protección ha cesado de ser opresora, la sumisión ya no es abyecta, el terror ha dejado de prevalecer sobre el amor y por último las relaciones, tanto en la familia como en la sociedad, se han vuelto mas humanas y afectuosas.

Estudiada de este modo desde su origen hasta nuestro siglo, la familia humana presenta una serie de modificaciones que se podría figurar en una serie de composiciones simbólicas, análogas á la que ha ejecutado M. de Eichthal para preparar la atención pública á la exposición escrita de su doctrina, la cual constituiría, bajo un aspecto general, una historia filosófica de la humanidad. Esta historia existe, no hay mas que saber buscarla. El arte simboliza de siglo en siglo, de generación en generación, la marcha lenta, aunque progresiva, del género humano.

M. de Eichthal, á lo que nosotros entendemos, no viene aquí enseñando ó predicando nuevas modificaciones en el seno de la familia; lo único que se propone es interpretar las que ha producido el desarrollo natural de la moral y los costumbres.

La vejez amada y respetada, superior por su larga experiencia, por sus beneficios y por sus derechos á la gratitud, descanso, se acuerda y espera: benévola y dulce, y querida de la infancia, cuya ingenua bondad posee, alienta con su aprobación y fortifica con sus consejos á las generaciones que la suceden.

La resolución y la acción pertenecen sobre todo á la edad madura. Entonces es cuando la vida llega á su mas alto grado de desarrollo y de poder; siendo las relaciones mas numerosas y mas difíciles los deberes, imponen una responsabilidad mucho mas grave. En esa mancomunidad activa de prudencia y de amor, la esposa tiene una parte que no es inferior á la del esposo; su tarea es diferente, pero no es ménos útil ni sagrada, y de la armonía de ambas voluntades nacen la moralidad y la dicha de la familia.

La adolescencia, confiada y sumisa aguarda las severas pruebas del porvenir, y tambien el joven se ve mas libre de la violencia que antes pesaba sobre su corazón, abierto hoy á la esperanza. Con los ojos alzados respetuosamente hácia esos queridos seres que Dios le dió por guías y protectores, se lanza gozoso por el sendero iluminado por el ejemplo de sus virtudes.

¿Es este un cuadro ideal, ó la verdadera representación de la vida de nuestro tiempo? ¿No es en el día nuestra regla comun, esas relaciones mas dichosas y justas de las edades y de los sexos? ¿Quién no ignora las escepciones? Sin embargo se cree que en un crecido número de cabezas, ese sentimiento de la constitución superior de la familia moderna, es todavía bastante vago, por lo cual es útil explicar las causas y demostrar la legitimidad de los cambios que se han operado gradualmente bajo la benéfica influencia del cristianismo. Tal es el objeto de los actuales estudios de M. Gustavo de Eichthal, y sin ninguna duda, su dibujo es la obra que despierta mas meditaciones en la Exposición de este año.

## DOLORES DE CORAZÓN.

Dichoso mil veces el que con el corazón limpio de polvo y paja se entretiene dulcemente en escribir alguna historia divertida, contando á sangre fria dolores ó placeres, sin que ni los dolores le cuesten una sola lágrima, ni los placeres le hagan cambiar la estoica severidad de fisonomía que debe reinar en el autor aplicado á su trabajo, por la mas lijera sonrisa ni por la mas pequeña muestra de gozo interior. Dichoso mil veces el que no tiene ojos mas que para ver cómo ha de ir empujando con letras el papel blanco que tiene delante, ni alma mas que para, atándola en la punta de la pluma, evitar de este modo los trascendentales peligros de los errores ortográficos. Dichoso pues yo, que me encuentro ni mas ni ménos, en este estado de deliciosa calma, en que tanto se me da por lo que va, como por lo que viene; gracias á que ya se me ha dado mucho por lo que fue y por lo que vino, ó gracias á otra cualquier cosa, que eso ni me importa á mí, ni mucho ménos á otro. Bendita sea la facultad que el hombre tiene de escribir, que si á esto añade el ser buen pendolista, pocas felicidades andan por la tierra ni comparables siquiera, como las que proporciona una bien entendida caligrafía, que para ser bien entendida, ha de considerarse como la fórmula de una condensación física de todas las vaporosidades morales, que nublando el alma, acaban por hacer inútil toda la luz que Dios la dió, á no irse destilando y escurriendo desde la cabeza por el brazo derecho, ó por el otro, si el que escribe es zurdó, mal pecado, hasta venir á dar, ¡quién lo diría! en un trozo de papel donde quedan grabadas y sujetas, en castigo de lo que al alma incomodaron, y para que no vuelvan otra vez á incomodarla. Bendito pues yo, que aunque no completamente feliz, porque me falta lo de buen pendolista, al fin y al cabo escribo como Dios me da á entender, y desago la cabeza de



una porción de vaciedades, que maldito si podrian servirme para otra cosa mas que para atolondrarme, á no poder yo darias salida maldiciéndolas de buena fe, y entregándolas sin misericordia ninguna al brazo seglar de jente estrañia, que no las ha de ver con peores ojos que yo, ni las ha de aborrecer con mas malas entrañas que las mías, donde se ejendreran á fuerza de dolores, torciéndolas con tormentos, abrasándolas con llantos, y desentrañándolas á purísimos quebrantos, hasta dejarlas como ahora están, mas muertas que vivas, con tanta y tanta pena.

Verdad es que no tengo yo nada que escribir que sea cosa de contar; pero no es esencial que lo que se escriba haya de ser cuento, y muchas veces, como ahora, se vienen á la punta de la pluma una porción de palabras salidas yo no sé de dónde, y encaminadas adonde tampoco sabe nadie, y no hay otro remedio sino que entre todas ellas vienen á componer, por ejemplo, un artículo de periódico, destinado acaso á fastidiar á todo el que le lea.

Un amigo mio, hablando conmigo un día de las penas que sufre el corazón cuando da en tener buenos sentimientos, me pintó tan al vivo los dolores que sufrió en este mundo un hombre sensible que por desgracias particulares se vió precisado á vivir largo tiempo en una casa de postas, que no puedo ménos, al hablar de dolores del corazón, de repetir aquí algo de lo mucho que mi amigo me dijo acerca de los sufrimientos de aquel infeliz. Yo no sé si lo que voy á contar será verdad, porque mi amigo, á pesar de ser hombre grave y de conciencia, es bastante dado á inventar cosas para entretener el tiempo hablando, que es su delicia; pero de todas maneras yo creo á piés juntillas todo lo que me cuentan, y será el primero engañado si lo que voy á escribir no es cierto. Despues de haberme mi amigo dado una idea clarísima del carácter del hombre cuyas desgracias me contaba, idea que no daré á mis lectores, porque no tengo tiempo para escribir con asiento, como ya lo deben haber conocido; despues de haberme hecho comprender perfectamente que el hombre de la historia era en extremo sensible, hasta el punto de contraer amistades íntimas, lo que se llama relaciones amorosas, y en fin, toda clase de afectos en un segundo; despues de haberme hecho hasta llorar, contándome mil sentimientos que este hombre habia tenido en este mundo de resultas de la prontitud con que tomaba cariño á las personas, empezó por fin á decirme lo que él sabia de los últimos padecimientos de aquel hombre, victima desgraciada de la simpatía.

Yo no sé por qué pasos vino á verse precisado á vivir en una casa de postas. La ausencia es lo que mas se parece en el mundo á la muerte, y entre las lágrimas que nos arranca un objeto querido al separarse de nosotros para siempre cuando se muere, y acaso para siempre cuando se marcha lejos de nosotros, hay tan poca diferencia, que las mismas puzadas de cariño son las que hacen llorar por el muerto que por el ido, y el mismo tiempo pasa por unos que por otros, para que al fin venga á ser cierto el consolador refran que dice: « á muertos y á idos, ya no hay amigos. »

Huyendo yo de este inconveniente, voy á hacer todo lo posible por no divagar mas, dando á mis ideas una forma que las haga parecer tales, aun cuando bien sabe Dios, que yo creo que no son ideas, ni quien tal pensó. Hay que saber que yo me hallo en este momento bajo la maligna influencia de una porción de penas tan largas de contar, como corto ha sido el tiempo que yo he empleado en proporcionármelas para mi uso y sabido esto, sabida está la causa de habérese-

me ocurrido la idea de pasar revista á todos los dolores de corazón de que se me ha quejado una infinidad de gente.

Entre estos dolores de corazón los hay de todas especies, y tan diferentes como lo son entre si las personas á quienes se los he oido contar, ó en quienes los he observado, porque tambien hay gente á quien se le funde el corazón á fuerza de retortijones, sin decir esta boca es mía.

De este género, y perteneciente á los dolores observados por mí, fué el dolor de un criado que yo tuve, que de la noche á la mañana se me aborció de una vez de su cuarto, dejándome antes toda mi ropa bien acepilladita en la cómoda, y las botas lustrosas como espejos, allí en el mismo cuarto en que acabó con sus días, indudablemente apenas hubo concluido de limpiarlas; porque tenia el cadáver la cara llena de unto, y por consiguiente negra de haberse llevado á ella en el dolor de la agonía las manos que acababan llenas de vida de hacerme el último servicio en aquella época mas necesario que ahora, porque no habia botas de charrol. Por lo demas yo supongo que mi buen criado tendria sus razones para tomar partido tan desesperado; pero por mas que no sin motivo pueda culpárseme de mal observador, no puedo ménos de confesar que yo no sé cuales fueron. La hija de un portero de esos que hay en los tribunales, que vivia en la misma calle que yo, dijo á una criada de mi casa que el pobre Manuel habia sido victima de las preocupaciones de la sociedad, porque se habia enamorado de ella, sin pensar en la desigualdad de clases que los separaba; pero que no tenia la culpa, porque así se lo habia dicho mil veces. Yo no sé si esto seria cierto, pero sí así fué, y es esta la causa de aquel prematuro suicidio, tan dolor de corazón es el que sufrió mi pobre Manuel, como otro cualquiera. De lo que yo estoy seguro es de que no se suicidó por mal de cabeza, porque tenia poca, y esa poca dura y bien afianzada á los carrillos por unas patillitas, estrechas, sí, y cortas, porque no le pasaban de la perilla de la oreja, pero semicirculares, y que en redondo le cerraba cada una una mejilla.

El segundo dolor de corazón que he observado, me hace llorar todavía; pero á la verdad que ese dolor mas es mio que ageno, porque en quien debia sentirle y en quien yo le supongo, creo yo que no hacia mela ninguna; pero son difíciles de averiguar los secretos del corazón, y no será yo seguramente quien asegure recondidamente nada que tenga que ver con los que se llaman sentimientos. Lo cierto es que yo he visto á una mujer jóven, que llevaba en los brazos un niño de dos ó tres años, muerto. Iba por un camino, y yo la encontré poco antes de llegar á un pueblo. Ella iba en direccion opuesta á la que yo llevaba, es decir, que iba de viaje, adónde? Yo no lo sé. Cuando me dijió que aquel niño, cuya inocente cabeza era una de las mas angelicales que yo he visto en niño ninguno; cuando me dijió que aquel niño era su hijo, sin saber yo mismo lo que hacia, tiré al suelo todo el dinero que llevaba, y haciéndome los ojos fuente de lágrimas, hube de aplicar en medio de la convulsión que aquella pena produjo en mí, con tanta fuerza las espuelas á mi caballo, que en menos de un minuto, él, desbocado, dió con la cabeza en una cruz de piedra que habia á la entrada del pueblo, y allí mismo quedó muerto, y el dolor físico de la caída vino á sacarme á mí de la pensosa abstracción á que me habian conducido aquella madre pobre y aquel hijo muerto.

Los corazones mas fuertes no pueden resistir ni á la muerte ni á la ausencia. ¿Qué sería pues lo que pasaria en el corazón del hombre de nuestra historia, cuando alguno de

estos sentimientos le atormentase? La suerte enemiga le habia puesto además en el teatro de las ausencias, en una casa de postas, y allí estaba como encantado, sin que nadie haya sabido por qué estaba allí, donde forzosamente con tantos padecimientos la muerte le habia de coger entre sollozos y amarguras. La llegada de un viajero en esas altas horas de la noche, en que todos sentimos cierta inexplicable ternura melancólica, sin saber hacia que objeto, al sentir las campanillas de las mulas de un carruaje y el chasquido del látigo de un mayoral; la llegada de un viajero á la casa de postas á tales horas, le hacia á nuestro desgraciado héroe abandonar su lecho, y si por una desgracia el caminante solo paraba para mudar de tiros, entonces llorando y al trote le seguia hasta que, rendido, quedaba en el camino lamentando la ausencia de personas á quienes apenas habia podido ver.

Si los viajeros paraban á comer ó á cenar en aquella posada, entonces el dolor de este infeliz era tanto mayor, cuanto que tenia que contenerle hasta cierto punto dentro de su pecho lastimado, porque de lo contrario la casa de postas se hubiera convertido en un lugar de gemidos escandalosos, y tanto al parecer era el temor que de esto tenia el desdichado, que muchas veces al comenzar una explosión de ternura, se reprimia de repente comenzando á sudar á chorro, que no era aquello sino llorar por todo el cuerpo, poniendo los ojos en blanco con muestras de la mas esquisita ternura y del mas lamentable dolor. No por eso sin embargo dejaban de pasar escenas dolorosísimas, en que este ser amante, arrastrándose de rodillas por el suelo, abrazando las piernas ya de uno ya de otro viajero, les pedia por todo lo que mas quisieran en este mundo que no le abandonasen así. Como nadie viajaba sino con algun objeto que le lleva á alguna parte, no encontraba este infeliz ni un solo corazón que le comprendiese.

Cuando con las lágrimas en los ojos y apretando la mano del que se disponia para irse, le decia con una voz cortada por los suspiros:

— Ah! créame usted, querido amigo! Querido amigo de mi alma, no se vaya usted. Quiere usted hacerme desgraciado? Ah! no lo merezco! Por Dios, no se vaya usted así!

Cuando hablaba así, solian tomarle los pasajeros por uno de esos hombres de buen humor que se encuentran en los caminos, haciendo mil majaderías que parecen gracias, y cada uno, segun su carácter, ó seguia la broma, diciendo que de ninguna manera podia él abandonar á quien tanto le queria, y á lo mejor despedía para nunca mas volver; ó bien recibia con sequedad estas supuestas bromas y de ambos modos se partía en mil pedazos el corazón de este hombre interesante.

Otras veces prorumpia por fin en lamentos agudos y en voces capaces de enternecer á los cercanos montes, y entonces era rechazado como loco.

Esto mismo, aunque con menos exageración, les sucede en el mundo á los corazones que sienten mucho, que están muy cerca, si no tratan de moderarse, de llegar al estado de abandono en que continuamente se encontraba el corazón de este hombre lleno de amor, probablemente nacido para un mundo sin mas quehaceres que los del cariño, y llovido en otro donde todos somos negociantes y gente de ocupaciones.

Por supuesto que el tiempo que no pasaba este infeliz en el dolor de las despedidas, le pasaba en la amargura de los recuerdos. Habian quedado grabados en su corazón al pié de treinta mil nombres de otros tantos viajeros, con la mis-

ma claridad y ternura que en uno de los nuestros pueden grabarse unos pocos, y andaba siempre, cuando estaba solo, hablando solo, y recorriendo sitios diciendo:

— Aquí daba la sombra de fulano, aquí se enjugó la boca por la última vez citano, aquí por la última vez se sonó las faringes fulano, etc. etc.

En fin, así iba recorriendo en su imaginación los treinta mil nombres que van dichos, uniendo á cada uno treinta mil ideas tan tristes, como al parecer desatinadas, que por desgracia, lo mismo que en este hombre raro, son tambien en nosotros, los hombres vulgares, la fórmula mas dolorosa de la ternura.

Así vivió algun tiempo este hombre, mártir de sus sentimientos, hasta que al fin uno de ellos dió con él en el sepulcro. Lo mas raro de todo es que este hombre nunca se enamoró. Yo, despues de haber examinado con atención este, que al parecer es un fenómeno extraordinario en una naturaleza tan amante, he venido al fin á caer en que efectivamente un hombre como este no podia enamorarse, por falta de tiempo. Además, el que ama á una mujer es porque desea y desprecia á medias á todos sus hermanos.

El último dolor de corazón de que hablaré en este artículo, es el dolor de corazón con que le concluyó aquí como podia darle fin por otro punto.

MIGUEL DE LOS SANTOS ALVAREZ.

PABLO BRIL.

Pablo Brill nació en Ambrés en 1856. Su primer maestro fué Daniel Wortelmann, con el cual hizo pocos progresos, porque en vez de estudiar la naturaleza ó los cuadros de los grandes maestros, se vió precisado á pintar ornatos para los instrumentos de música.

Tenia Pablo un hermano llamado Mateo Brill, que residia hacia años en Roma, y que despues de haber logrado una buena reputación en la pintura tuvo el encargo de ejecutar, por orden de Gregorio XIII, grandes trabajos de adorno en el palacio del Vaticano. No hay para que añadir que los triunfos de Mateo aumentaron en Pablo el deseo que tenia de visitar la Italia. En efecto llegó un momento en que ya no pudo mas, y cediendo á la tentación, se escapó una mañana de la casa paterna y tomó el camino del mediodía, en un tiempo en que apenas habia cumplido los veinte años. Llegado á Roma fué acogido cariñosamente por Mateo que le dió parte en sus trabajos y por consiguiente en sus ganancias. En los diez años que duró esta mancomunidad, Pablo demostró tanto talento y superioridad que á la muerte de su hermano acaecida en 1584, el papa le encargó que continuara los trabajos emprendidos y siempre tuvo mucho que hacer viviendo Sixto V, Clemente VIII y Pablo V.

Este pintor fué el primer paisajista de la época, y uno de los que mas han hecho adelantar al género de pintura que cultivaba. Antes de él, nadie habria podido pintar un *landscape agreste*, donde la grandeza de las líneas no quita nada al sentimiento verdadero y profundo que se nota en la composición toda. Mediante un examen detenido de este *landscape*, se descubren por todas partes árboles de una hermosa forma, bien dispuestos en sus masas, cuyos troncos y ramas se hallan dibujados y pintados con una exactitud summa. La luz no puede estar mejor distribuida; cada objeto se halla en su debido término. Una de las cosas mas bonitas es esa diminuta pareja que camina á través del bosque silvestre en lontananza. Sin duda son dos cazadores, pues que puede hacer el hombre sino cazar en semejante sitio?



Cualquiera que sea el mérito real de las obras de Pablo Bril, en el día se hallan desacreditadas, no tanto por la inconstancia de la moda, cuanto porque se le han atribuido

las obras de sus discípulos y de sus numerosos imitadores, de los cuales ninguno llegó jamás á su talento. En cuanto reformó su primer estilo por el del Ticiano, y trabó amistad



OLUSIGNY DEL.

A. LAVILLE EC.

PARIS. — Un paisaje agreste.

con los Carraccios, que se complacían en adornar sus cuadros con figuras, aprendió ese estilo franco que se nota tanto en sus grandes trabajos del Vaticano, como en sus cuadros. Se critica bastante el verde demasiado vivo de sus ár-

boles, y el encendido azul de sus últimos términos, pero esos defectos están bien rescatados por todas sus grandes cualidades.

Este pintor murió en Roma en 1626 á la edad de 70 años.

ESCENA DE OTOÑO.



Exposicion de 1852.—Pintura.—La pesca; escena de otoño, por M. Enrique Baron.—Dibujo de M. Baron.

T. III.—PARIS.—IMP. BLONDEAU

34



M. Eason, artista ingenioso, colorista brillante, pinta casi siempre la vida ociosa y opulenta. Su fantasía se ha creado fuera de las regiones conocidas, y de los siglos transcurridos, un siglo de oro aristocrático, una noble Arcadia, adornada de espléndidos castillos, poblada de duquesas y de señoras resplandecientes de púrpura y de seda.

El cuadro, que se ve en nuestro dibujo, representa un grupo de habitantes de ese país magnífico, sobre una suntuosa escalera á las puertas de un palacio; uno ó dos de estos galantes personajes están pescando indolentemente, sin duda peccecillos de colores, porque no se puede suponer que en esas ondas cristalinas que corren tan orgullosamente por entre dos riberas de mármol, habiten peces vulgares.

El todo de esta composición no está desprovista de gracia; quizá no tiene otro defecto que el de parecer un poco teatral. No es la realidad de la vida, y acaso no es tampoco su poesía. La realidad obra mas vivamente sobre los sentidos, y la poesía influye mas poderosamente sobre el alma. El hoyero de Pablo Potter es un campesino y nada mas: daría gusto oírle hablar de su ganado: su vaca huele á leche, y su prado á yerba. Cuando Claudio de Lorena ó Poussin nos muestran un joven pastor medio tendido sobre una roca á orillas del mar, al punto nuestro pensamiento sigue el suyo por los lejanos horizontes, nuestra mirada se sumerge con la suya en el seno del infinito, en la vasta naturaleza. Pero qué encanto puede seducirnos á desear la compañía gloriosa y encoquetada de esos bellos tipos? Comprenderíamos su lenguaje y nos agradecerían sus placeres? Claramente están demostrando que no piensan y no dicen nada. Sin embargo, nadie, sino un misántropo, podría alejarse de ellos frunciendo el ceño. Si es difícil adivinar lo que hay en ellos, sean virtudes ó sean vicios, no se puede negar al menos que poseen ciertas cualidades amables como son la urbanidad, la gracia, y el gusto de agradar; es una sociedad escogida, que no debe sernos indiferente conocer aunque sea de paso. Esas escenas ligeras son tan propias para adornar los salones de los palacios, como los dorados, las colgaduras y las flores: no dicen nada al pensamiento, ni tampoco conmueven, pero despiertan la sonrisa en los labios, y fijan suavemente las miradas.

#### UNA BODA ENTRE PURITANOS.

Un destacamento de caballería que venia de Rulhven acababa de hacer alto en medio de una de las aldeas que se encuentran en el camino de Bracmar. Su uniforme les dió á conocer al instante por aquellos terribles dragones enviados á Escocia por Jacobo II con el objeto de mantener allí la autoridad real persiguiendo á los puritanos.

Desde el día en que para oponerse á los decretos religiosos publicados por Carlos I. los presbiterianos de Escocia habian nombrado delegados encargados de redactar el *covenant* ó acta de alianza en cuya virtud se comprometían todos á sostener su fe y sus libertades, el espíritu de rebelión contra la casa de los Stuardos se habia hecho general entre ellos. Carlos II tuvo que reprimir muchas sublevaciones á mano armada de los puritanos mas ardientes que se designaban entre sí con el nombre de *santos*, y su sucesor Jacobo II queriendo avasallar definitivamente á aquellos peligrosos enemigos, se decidió á emplear contra ellos mayores rigores. Por consiguiente se dejó una entera libertad á los comandantes militares encargados de vijilar los pueblos,

y la mayor parte usaron de ella para vivir á discreción en casa de los habitantes acusados de puritanismo; mientras exijian fianzas á los ricos y arrastraban á los pobres en las cárceles.

Pero como sucede generalmente, la energía de los perseguidos se aumentó en razon de la injusticia de los perseguidores. La antigua levadura puritana fermentaba aun con demasiada fuerza en ciertas almas para no agriarlas. Privados de sus templos, los puritanos tuvieron reuniones en sitios solitarios, á fin de celebrar su culto y de oír los sermones de sus pastores. Los soldados del rey los persiguieron como se persigue á los bandidos, pero ellos lejos de renunciar por eso á sus conciliábulos, asistieron armados y rechazaron la fuerza con la fuerza. Veinte veces los dragones de Rulhven tuvieron que disipar aquellas reuniones religiosas, y mas de uno de sus camaradas, herido por la mano que poco antes tenia la Biblia, dormida con el eterno sueño entre los matorrales de los Grampians. Estas pérdidas habian exasperado á los oficiales y á los soldados que fácilmente habian jurado que no darían cuartel á nadie.

Enrique Lochlevin, que mandaba el destacamento detenido entonces en la aldea, se habia hecho notable entre todos por el vigor de sus represiones. Era uno de esos oficiales de fortuna tales como salian en aquella época de la Irlanda y de la Escocia, que despues de haber probado sus espadas en las guerras del continente volvían experimentados pero endurecidos y estranjeros á su patria.

El alférez Enrique Lochlevin se hallaba sentado á la mesa con el corneta Morton en la única posada del lugar en tanto que el resto de la tropa tomaba el fresco fuera. El alférez parecia estar de mal humor y contra su costumbre bebia á sorbos un vaso lleno de vino de Oporto. Despues de un largo silencio que Morton no juzgó prudente interrumpir, alzó la cabeza, miró por la ventana, y observó á media voz que el sol declinaba en el horizonte.

— Siempre nos quedará bastante tiempo para llegar á Bracmar, repuso el corneta, si el señor alférez no tiene que apartarse del camino para alguna expedición particular.

Lochlevin se encojó de hombros y respondió con presteza: — No, desgraciadamente; los deudores de salmos están en paz ahora; tratan, según parece, de economizar la pelleja.

— Y el señor alférez aburrido, desea la caza puritana, preguntó Morton riéndose.

Lochlevin meneó la cabeza sin responder y se puso á tocar la carga con sus dedos sobre la mesa, silbando al mismo tiempo el acompañamiento de pifano indispensable.

— Es cierto, repuso el corneta, que el señor alférez tiene un gusto decidido por esas expediciones. Cuando da de sablazos á un cabeza redonda se cree que trabaja por su satisfacción personal y por su propia cuenta.

— Y quién os dice que no sea así? repuso el oficial con ojos macilentos.

Morton se echó á reír.

— Diantres! teniais acaso entre los santos algun primo que os haya quitado una sucesión, ó algun pecador reformado que haya sido vuestro rival?

— Mas que eso, Morton, mas que eso, dijo Lochlevin acabando su vaso de vino. Si no estoy siempre contento, es porque desde hace un mes que me hallo de vuelta en Escocia me vienen á veces unos recuerdos...

— Como hoy, verbigracia...

— Si, hoy mas que nunca, porque es el aniversario de un día...

Lochlevin se detuvo poniéndose de codos en la mesa y tirándose del bigote.

— Ya comprendo; alguna aventura de juventud, dijo el corneta entre triste y risueño.

— Es una historia, Morton, una verdadera historia, repuso el alférez, que experimentaba evidentemente la necesidad de confiar á alguien lo que le preocupaba... Hoy hace de esto veintidos años; yo tenía diez y nueve; Isabel tenía diez y siete. Ningun obstáculo se presentaba á nuestro matrimonio porque nuestro nacimiento era igual así como nuestras fortunas: ni ella ni yo poseíamos nada, pero su familia habia firmado el *covenant*, en tanto que los Lochlevin habian permanecido buenos católicos y fieles vasallos!

— De modo que los padres de la joven negaron su consentimiento...

— Así fué, Morton; pero á fuerza de súplicas decidí á Isabel á que no hiciera caso, y un sacerdote de bornoach nos unió secretamente.

— Con que sois casado, alférez? exclamó el corneta sorprendido.

— Escuchad el fin, dijo Lochlevin con serenidad. Un mes despues la familia de Isabel sospechó, no nuestra union, sino un cariño cuyas consecuencias consideraron peligrosas. Por esto me denunció, y fui preso y llevado á Londres de donde me escapé al continente.

— Y vuestra esposa? preguntó Morton interesado en aquel relato.

— Mi esposa! repitió el alférez con acento conmovido; escribí para saber de ella, y me respondieron... que se hallaba en el cementerio de Dornoch!

El corneta hizo un rápido movimiento.

— Por esto, continuó Lochlevin, no tengo mas que ideas tristes desde que estoy aquí; son ráfagas de recuerdos que me vienen del Norte... Y ahora podréis comprender tambien, Morton, porque detesto tanto á esos perros de puritanos: así cuando cargó sobre ellos, se me figura que descargo mi ira sobre los asesinos de mi pobre Isabel.

— Lleve me el diablo si no teneis razon, alférez!—dijo el corneta conmovido; en adelante yo tambien tendré la misma idea, y sacudiré con doble fuerza.

Lochlevin hizo un ademán con la mano para darle las gracias, y llenó de nuevo los dos vasos.

Una pausa bastante larga siguió á la confidencia del alférez; la botella de vino tocaba á su fin, y ya estaba pensando en montar otra vez con su tropa, cuando se presentó una anciana en la posada.

Sus facciones parecian mas destruidas aun por el uso del vino que por la vejez, viéndose en ellas una expresión de bajeza mezclada de hipocresía. Se acercó al oficial de dragones, multiplicando las reverencias, y profiriendo repetidas la palabra *lealdad*. Lochlevin creyó que le pedía una limosna y le hizo una seña de que los dejara.

— Vaya al diablo un país donde no se ven mas que puritanos y mendigos, murmuró; brujá, déjanos en paz; crees que los bolsillos de los oficiales del rey están atestados de chelines? Anda á que te socorran tus amigos los puritanos.

— Y quién ha dicho que son mis amigos? exclamó la anciana indignada. Piensan los oficiales del rey que Kitty se ha vuelto loca? Amigos míos los aquellos que me reconviene porque bebo según mi sed, y porque paso el día descansando?... Amigos míos los partidarios del pastor Lennox... aquel que ha repetido tantas veces en el pulpito que yo era piedra de escándalo sobre la cual edificaba Satanás?... Ah!

No tengo mas que decir una palabra y el señor alférez verá si soy su amiga.

— Dila pues, repuso Lochlevin mas atento.

— Primeramente el señor alférez se compadecerá de una pobre criatura que viene de la otra orilla del Spey sin haber humedecido sus labios, dijo la vieja, y no la negará un vaso de vino para confortarla un poco; ea, Peters, estos señores pagarán el cuartillo que vas á sacarme.

El mozo de la posada miró á Lochlevin, que hizo un ademán afirmativo, y en efecto, el mozo trajo á Kitty lo que habia pedido.

— Bebe pues, dijo el alférez, y si verdaderamente tienes algo que decirnos, apresúrate porque nos están esperando en Bracmar.

La anciana meneó la cabeza.

— No tienen nada que hacer por ese lado los dragones del rey, le respondió saboreando la espirtuosa bebida.

— Y dónde lo tienen? preguntó el corneta.

La vieja le guiñó un ojo y se sonrió de un modo diabólico.

— Qué darían los dragones del rey por saber en dónde se reunen los puritanos ahora mismo?

Lochlevin se estremeció.

— Qué estás diciendo? exclamó, has oído hablar de algun conciliábulo?

— No solo eso, dijo Kitty; he visto algunos de los que iban á celebrarle; los he seguido, y en menos de media hora el señor alférez puede llegar alla con su gente.

— Si es verdad lo que dices, no sentiré seguramente el vino que estás bebiendo.

— Y ademas el señor alférez no me negará una propina para brindar á su victoria? añadió la vagabunda.

— Entorabuena, con tal de que me lleves al nido de los cabezas redondas, dijo Lochlevin levantándose; ea, marcha, y probáanos que no estás borracha ni loca.

— El señor alférez perdonará á una pobre mujer que necesita de sus fuerzas para vivir, repuso Kitty sin cambiar de sitio; si se causa corriendo por las montañas en servicio del rey, ¿quién le pagará su trabajo?

— Ah! comprendo, dijo el alférez mirándola á la cara quieres ajustarlo antes; está bien; una libra.

— Esterlina, concluyó Kitty.

— Una libra de Escocia, y basta, repuso Lochlevin; que no recibirás hasta que nos muestres la reunion de los puritanos.

Y como vió que la vieja se preparaba á discutir sobre este punto, añadió bruscamente:

— Está cerrado el trato... á menos que no quieras ir atada al cinturón de uno de mis soldados hasta Bracmar, como sospechosas.

Kitty conoció que no sacaría nada mas y aceptó las condiciones del alférez, que mandó enseguida montar á caballo, hizo poner á la vieja detras de un dragon, y se dirigió guiado por ella hácia la garganta de la montaña.

Pero apenas habian pasado las últimas casas de la aldea, cuando Peters, el mozo de la posada, sin acordarse de tomar su gorra, ni de dejar la servilleta que llevaba anudada á la cintura, se precipitó en la misma dirección, tomando un atajo por donde debia llegar mas pronto á la plazoleta del Lago.

Esta plazoleta en el centro de las colinas y lejos de todos los caminos conocidos, era uno de los puntos mas solitarios de los Grampians; pero aquel día, como lo habia declarado Kitty, los puritanos se habian reunido allí para una solem-



nidad importante, cual era la del casamiento de uno de los suyos, el joven Reinaldo, con la pupila del pastor Williams Lennox.

Este, proscrito y fugitivo, erraba tres años hacia por los Grampians, donde sus predicaciones animaban á los mas tibios; pero sin ningun temor por su persona, el digno pastor se hallaba lleno de inquietudes por la buerfana que le estaba confiada. Conocia que Enriqueta necesitaba un protector ménos comprometido, que pudiese servirle de escudo en las adversidades, y habia aceptado á Reinaldo por esposo, previo el consentimiento de la jóven.



Una boda entre puritanos.—Dibujo de Freeman.

pruebas de Israel, acababa de escribir en el registro, que hasta entonces habia estado oculto á los ojos de los emisarios del rey, el contrato de casamiento de los nuevos esposos. Williams Lennox tomando la palabra se habia puesto á comentar con una gravedad tierna las palabras del Eclesiástico: «Ay del hombre solo!» Y espicaba las santas alegrías y los nobles deberes de aquella union de dos almas que iban á convertirse en una sola. Los asistentes, atentos á la predicación, no miraban mas que á Reinaldo y Enriqueta! De repente se oye á lo lejos un grito angustioso: Lennox se detiene; todos los ojos se levantan... En lo alto de la colina se ve á Peters, agitando la servilleta que llevaba a la cintura, y gritando palabras que se lleva el viento, pero que desde luego se comprenden.

Instantaneamente todos los hombres se levantan, y aplican el oido: el galope de los caballos resuena en la cuesta de las colinas, acercandose por instantes: una nube de polvo en medio de la cual brillan cascos y espadas, aparece á la entrada de la plazuela!

Hallábanse pues reunidos todos los fieles en la plazuela del lago para la celebracion de este matrimonio. Los jóvenes de ambos sexos habian acudido con la emocion castre personal, que en esa edad es quizá el único objeto constante de todos nuestros pensamientos; los jóvenes habian ido con sus niños buscando un refugio, y los ancianos, con la Biblia en la mano, estaban allí tomando una leccion en que la santa palabra debia resonar mas fuerte y penetrante.

Todo el mundo andaba disperso al borde de las aguas y entre las rocas. John Ritter, un justo de antigua data, que segun la espresion del tiempo, habia visto los triunfos y las

brian la tierra. Los dos esposos se hallaban tendidos sin vida en medio de la plazuela, con las manos entrelazadas aun; á su lado Williams Lennox exhalaba el último suspiro, y un poco mas allá estaba el cadáver del justo Ritter, con la pluma y el registro.

Lochlevin se volvió hacia el corneta que habia echado pié á tierra para ajustar la silla de su caballo.

—Morton, ved pues lo que esas gentes podian escribir cuando hemos llegado á sorprenderles, le dijo; sin duda es alguna proclama sediciosa, ó alguna lista de conspiradores.

El corneta cogió el libro manchado de sangre, y miró la página que estaba abierta.

—Pues es el registro de su iglesia al aire libre, exclamó, y la prueba es que acaban de estender un contrato de matrimonio; sin duda el de esos dos jóvenes: señor alférez, su luna de miel no ha sido larga.

—Está bien, interrumpió Lochlevin; os llevaréis ese libro como documento.

Pero el corneta se habia puesto á leer á media voz el contrato redactado por Ritter.

«A la vista de Dios y en cumplimiento de su ley;

Se han presentado declarando que quieren unirse en santo matrimonio,

»Cárlos Reinaldo y Enriqueta de Glencairn...

—¿Qué nombre es ese? exclamó el alférez palideciendo.

—Vedlo vos mismo, replicó Morton acercando el registro y mostrando la linea... Enriqueta de Glencairn.

—¡Nacida en Dornoch! continuó el alférez que tenia ya un velo sobre los ojos.

—De Maria Glencairn, continuó el corneta.

—Y de Enrique de Lochlevin, acabó Williams Lennox incorporandose.

—Hija mia! balbuceó el alférez... tenia una hija!

—Que me fué confiada por su madre moribunda y que acabas de matar ahora, dijo Lennox.

Lochlevin lanzó un grito y vaciló sobre la silla de su caballo.

—Dios es justo, repuso el pastor espirante; has derramado sin piedad la sangre de tus hermanos, y en tu furor has mezclado sin querer tu propia sangre. El acero templado por el odio tiene dos filos, uno para el enemigo y otro para la mano que le esgrime.

#### COSTUMBRES HOSPITALARIAS DE ORIENTE.

EL KAN Ó KIARVANSERE.

I.

Los orientales comprenden bajo la voz genérica de Kan todos los sitios públicos donde son admitidos los viajeros, dando mas particularmente el nombre de *Kiarvansere* á los espacios edificios que destinan para recibir á las numerosas compañías de mercaderes llamadas *Kiarvan*, que impropriamente designan los europeos con el de *caravanas*. Casi todos estos edificios se deben á la piedad de los pachas ó al desprendimiento de varios particulares, que despues les han puesto bajo la salvaguardia de la religion, consagrando á las mezquitas el escaso producto que rinden.

Los *Kiarvansere* están casi siempre hechos de cuatro murallones que forman un gran patio. En el piso bajo están las cuadras y los almacenes; la planta superior se divide

en multitud de habitaciones, cada una con su chimenea y con paso á una galería exterior. En medio del patio hay una fuente abundante adornada con gusto y á su alrededor plátanos magníficos que sirven á la vez para dar sombra y abrigo al fatigado viajero. La vista de un Kan á la caída de la tarde, hora en que van llegando las caravanas para pasar la noche, es un espectáculo interesante. Largas filas de camellos entran á depositar sus preciosas cargas, multitud de caballeros les acompañan ó les siguen con trajes y armas diferentes. El movimiento es general, se hablan á la vez muchos idiomas, se hacen amistades en un momento y se renuevan con alegría las relaciones antiguas. Los unos ofrecen sus mercancías, los otros interrogan acerca de los peligros del camino; todas las naciones, todas las religiones se acercan y hermanan por un interés común. A la entrada hay sentado un anciano que es un conserje del Kan encargado de conservar el orden interior de la casa, el cual recibe á los viajeros, les devuelve el saludo, contesta á sus preguntas y se informa de los que aun no han llegado. Todos se felicitan al verle á ver y le miran con respeto. El á su vez vela por los intereses de sus huéspedes, les designa el puesto que deben ocupar y evita cualquier disputa. Si en medio de aquellos ricos convoyes venidos de tierras lejanas se encuentran, por un contraste demasiado frecuente, algunos infelices desprovistos de todo recurso, son tratados en nombre de Dios y de Mahomá como hermanos que acaban mas pensosamente que los demás la peregrinación de su vida. Allí pueden entrar sin temor; sobre la puerta hay escritas estas palabras grabadas en letras de oro:

EL PARAISO PERTENECE  
A LOS QUE DAN DE COMER POR AMOR DE DIOS,  
A LOS DESGRACIADOS SIN RECURSOS,  
A LOS HUÉRFANOS Y A LOS ESCLAVOS.

A la vista de tales monumentos, ¿quién no reflexiona un momento sobre el origen y diversas prácticas de esta virtud oriental al parecer tan antigua como el mundo? En las comarcas es sobre todo donde las costumbres han conservado su sencillez primitiva: bajo las tiendas de aquella gente errante, rica con sus numerosos rebaños y feliz con su independencia, es donde se encuentran las costumbres patriarcales; donde aun se cree ver al mismo Abraham olvidando el peso de sus años por gular á los viajeros estraviados y exhortarles á no abandonar su hogar, donde el piadoso Tobias, modelo de caridad, endulzaba las amarguras de la cautividad aliviando las desgracias de sus hermanos. En los lugares donde se representa asi la viva imagen de las costumbres antiguas, el viajero que es acogido y socorrido bendice la fidelidad con que aquellos pueblos conservan las piadosas costumbres de sus padres, y desea que vivan felices, que el generoso y hospitalario amo de la casa no se vea jamás obligado á esclamar como Job cuando succumbia al exceso de sus dolores: «Y sin embargo, yo no he dejado á ningun forastero fuera de mi hogar, ni mi puerta se ha cerrado nunca para los peregrinos.»

Efectivamente, todos los árabes, á semejanza de Job, podrian tomar hoy mismo al cielo por testigo de su respecto por estos sagrados principios de hospitalidad; las costumbres que les son peculiares se remontan como su descendencia á las primeras edades del mundo. Despues de algunas frases de cordial y reciproco afecto, el viajero ofrece un ligero presente, que es siempre recibido con religioso sentimiento: cualquier regalo de consideracion se



consideraría como un insulto, y si al cabo de un largo viaje se encuentra sin algún producto del suelo ó de la industria de su país, una flor sencilla, la rama de cualquier arbolillo cogida cerca de la casa le basta para franquearse la entrada. Este acto es la fórmula de que se valen cuantos piden un asilo y la que todos entienden. Ofrecer una hoja verde es para los pueblos de Oriente sinónimo de pedir hospitalidad. Los criados, los niños rodean diligentes al *musafir* (1) como si les trajese una buena noticia; su presencia es para todos un motivo de júbilo, y puede estar bien seguro de que nada descuidarán de cuanto pueda hacerle agradable su morada. Se considera como un deber imprescriptible tenerle en casa tres días y matar en su obsequio el mejor cordero. El dueño de la casa invita al *musafir* á llevar el primero la mano al plato, y hacer sus veces. Según el uso admitido, él es quien debe hacer los honores de la comida al que se le da, ofreciéndole el primer bocado. El amo le da en seguida las gracias por haber escogido su casa, se felicita de la preferencia con que le ha distinguido, y declara que la considera como de feliz presagio.

Los mismos árabes beduinos, dispuestos siempre al pillaje, y á quienes ningún vínculo une con las demas naciones; que despojan sin piedad á las caravanas que atraviesan los desiertos y persiguen al viajero que huye de su presencia; que se creen con derecho de recuperar por fuerza la antigua herencia de que fueron, según dicen, injustamente despojados en la persona de Ismael, parecen dispuestos siempre por un contraste singular á olvidar su carácter naturalmente feroz á trueque de ejercer la mas noble y valerosa hospitalidad. Ninguno de ellos abandonará jamás al extranjero que reciba bajo su techo; antes perecerá la familia entera defendiéndole, que sufrir la afrenta de haberle dado insultar á uno de sus *musafires*. Al abrigo de este sagrado título, atravesará el viajero los desiertos por medio de las hordas de enemigos protegido á la vez por el honor y la religión. Todos se indignarían á la sola idea de hacer traición al viajero que se hubiese amparado debajo de su tienda y hubiese comido pan en su compañía.

#### LA HOSPITALIDAD BAJO LA TIENDA.

##### II.

La primera vez, dice un viajero de los campamentos de la Argelia, que me ocurrió pasar una verdadera noche en un campamento árabe, fué al salir de Batna en el sitio llamado Gsour, que es la primera plaza en aquel punto y Biskra, capital de los paraísos argelinos.

El aduar en que debía encontrar asilo, está situado en lo mas hermoso de la llanura de Gsour á la orilla de un riachuelo y entre los escombros de un pueblo romano que debió ser considerable y contener su municipio á juzgar por la importancia de las ruinas y gran superficie de terreno que abrazan. Está resguardado el aduar por una colina llena de peñascos y sembrada aun de fragmentos de columnas, pilastras y grandes piedras cuadradas que atestiguan el brazo infatigable de los antiguos dueños del mundo. La ciudad romana formaba una especie de promontorio en la ondulosa llanura de Gsour. Desde aquel punto se admira un horizonte sublime, divídese el cielo en dos zonas la primera nebulosa

(1) Viajero, extranjero, huésped. Este título indica siempre un dueño. En los documentos oficiales se llama á un ministro extranjero *el muy distinguido musafir de la Sublime Puerta*.

y azulada que se extiende sobre nuestras cabezas, y la otra que se presenta ante nuestros ojos, colorada, luminosa y resplandeciente: es el cielo del Sur, el cielo del desierto, donde cesan las lluvias y se desconoce el frío.

En el centro del aduar se eleva una tienda espaciosa que es en la que me dan hospitalidad. Los extranjeros son recibidos en ella por cuenta de las dependencias árabes y merced á un despacho expedido la víspera desde Batna encuentro al llegar todas las cosas dispuestas para recibirme dignamente. Se enciende una gran lumbrera de leña verde (gracias que estoy á prueba del humo) é inmediatamente despues se me sirve la comida, es decir, el *kuskus* en un gran perol de madera de una forma extravagante. No olvidaré jamás el aire de sumisión ni la humildad profunda del pobre diablo encargado de poner á mis pies aquella comida, lo cual hizo bajando la cabeza basta el suelo y apoyándose respetuosamente sobre sus rodillas y codos. Por medio de un intérprete se me preguntó si quería que se dispusiera otro *kuskus* para mis tres *espays* (acompañantes). Respondí magnánimamente que era inútil, porque siguiendo la costumbre de los viajes comeríamos todos juntos. A las dos cucharadas que tomé del infernal *kuskus*, parecía que me habia tragado medio millón de alfileres. Era efecto de la pimienta y especias puestas á puñados en aquel guisado nacional; yo creo que se habia aumentado la dosis para festejar convenientemente mi llegada. Mis *espays* excesivamente ansiosos por aquella comida vitriólica, no podían menos de manifestar su gozo con gruesas lágrimas que caían por sus mejillas no dire en sus platos, pero si en sus cucharas de madera. Yo me desquité con los pedazos de huevos duros y un poco de carnero cocido, que adornaban la parte superior de aparato.

El *kuskus* es una especie de sémola ó de pasta formando granos del tamaño del arroz cuidadosamente cocido al vapor. Cuando está en su punto, se escurre el caldo perfectamente y se coloca en forma de pirámide en una copa romana á falta de cazuela honda. En las casas de mas rango se le echan garbanzos, pedazos de huevos duros y otras frioleras con un trozo de carnero cocido puesto en la cima del plato. Una vez colocado este en medio de los convidados se quita el pedazo de carnero para que caiga el *margah*, que es la parte esencial del guisado. *capaz* por sus muchas especias de abrir el apetito de un muerto. Cada convidado se arma entonces de su cuchara de madera y forma delante de sí su cueva particular para agotar aquel dichoso *margah*. Es de mal gusto, traspasar los límites de sus agujeros respectivos, de aquellos pozos artesanos gastronómicos, ni quitar á otro los garbanzos ó pedazos de huevos duros. Concluido el *kuskus* saca cada uno un trozo de carnero si lo hay, auxiliado solo por los dedos pulgar é índice, y las sobras se juntan cuidadosamente con los huesos medio roídos para la canalla hambrienta de los perros.

Hay varias clases de *kuskus*: algunos tienen azícar y pasas de Corinto con buena cantidad de clavo. Pero esto es de mucho lujo; pues hay árabes que no han comido ni visto un terrón de azúcar en su vida. No acostumbra mezclarse los alimentos de cualquiera clase que sean; así es que comen separadamente la carne, el pan y las galletas.

Vuelvo ahora á mi campamento. Abreviando la comida y dejando á mis *espays* consumir el residuo fui á dar un paseo á las ruinas de la ciudad antigua bajo la protección, á la verdad muy indispensable, de tres árabes armados de largas varas para defenderme de los perros ariscos y hambrientos que pululan por todo el aduar.

La tarde era deliciosa y admirable; recorrí por algún tiempo aquellas ruinas; y despues de haber buscado en vano una inscripción ó algun vestigio artístico, llegué hasta el riachuelo que linda con el aduar, dirigiéndome en seguida á mi tienda ya bien entrada la noche. Para refrigerarme del cansancio me sirvió el mismo esclavo tímido, una verdadera bebida de satrapa: la leche de cincuenta ovejas, si he de creer á Abmeb (mi jóven dragoman, intérprete) el cual sin duda la habria contado y visto ordeñar. La capacidad del vaso de estaño en que estaba, seria de poco mas de un cuartillo. No hice sino probarla y se la dejé toda á los *espays*. Despues de haber tomado algunas frioleras en vez de cena, llegó la hora de dormir, aunque no para mí que me fué imposible conseguirlo. Los hombres estan sentados en fila alrededor del fuego; los caballos pacen en grandes montones de temillo que les gusta mas que el forraje y la cebada; los camellos tendidos parecen estínges disformes sentadas á la entrada de las habitaciones; las risas y el hablar estridente de las mujeres confundidas con los relinchos de los caballos, con los tristes ladridos de los cancheros que guardan el aduar, y con el balido de los ganados, forman un conjunto heterogéneo y promueven el ruido mas insoportable.

Acostumbrados toda su vida á semejante algazara, no les impide reconciliar el sueño, ni les choca lo mas minimo ruido tan infernal. Así es que se admiran sobremana de que alguno lo advierta y no les deje dormir. Si les ocurre hablar á media noche, á lo cual tienen estremada afición, siempre lo hacen desafortadamente, está donde quiera la persona á quien se dirijan, aunque se halle profundamente dormida.

En el número de las peripicias de mi primera noche bajo el techo de pelo, debo contar la visita de una especie de monstruo blanco que se introdujo hasta mi lado con silenciosos gruñidos. Encendi al punto la bugia de mi candelero de camino, y reconocí á uno de los terribles perros del aduar, hambriento como lo están todos, que fué á la husma de los huesos esparrados por el suelo de la tienda, restos aun de la comida. Semejantes animales están poco cuidados por sus dueños respectivos, de manera que siempre andan oliendo donde guisan. En cambio les aplican buenas dosis de palos, y puede decirse que tanto los perros como sus amos, no han salido del estado salvaje.

La tienda árabe, es decir la casa de pelo, está compuesta, como lo indica el nombre, de pieles de cabra ó de camello. El aspecto de semejante morada, se parece al que presenta un navio encallado. Su forma es muy antigua, porque Sahlust refiere que los persas así que arribaron á Africa se construyeron cabañas con el cuerpo de sus naves destrazadas.

Este domicilio portátil suele hallarse dividido en dos partes iguales por un tabique de estacas entre las cuales se colocan las provisiones de la familia envueltas en pieles de animales, las ropas que posee, los útiles de la labranza y las bridas y armas del dueño. La pieza situada á la derecha de la entrada se destina para los hombres: en la izquierda está el gineceo, subdividido en dos partes distintas, sirviendo la de sala y alcoba y la otra de cocina. Estas diversas piezas están cubiertas de tapices, de estereras ó pieles de carnero según las facultades del amo de la tienda. Algunos telares para tejer lana, varios cacharros de barro cocido y un molino para moler grano, compuesto de dos piedras engranadas entre sí que se mueven á fuerza de brazo, constituyen generalmente el ajuar de aquellas habitaciones rústicas. A la entrada de la tienda hay colgados pellejos lle-

nos de agua y de leche agria, únicas bebidas del pastor árabe.

Las tiendas de un aduar grande abrazan bastante estension de terreno y se hallan esparcidas sin orden ni simetría como sucede en muchas de nuestras aldeas ó caseríos; pero en los aduares pequeños están agrupadas en forma de círculo como para defenderse unas á otras en caso de necesidad. Los caballos maniatados y los rebafios ocupan de noche el centro de aquel pequeño campamento; los perros le rodean por la parte exterior y las gallinas con los demas animales domésticos son admitidos á disfrutar de las delicias de la tienda en compañía de las personas.

La leña y el agua son las dos bases en que descansan los campamentos árabes mucho menos caprichosos y móviles que se supone. El agua aunque poca corre generalmente junto al aduar. No puede decirse otro tanto de la leña, pues escaseando á menudo se reemplaza con desechos de arbutos, troncos de cardos y yerbas secas recogidas en el campo por las mujeres á costa de mil sudores de su cuerpo bronceado y musculoso.

Véase pacer por las cuevas inmediatas á los rebafios de carneros y de bueyes desmirrados, que es la gran riqueza de Arabia. Titiro y Melibe reviven en Africa; sus himnos pastoriles y cánciones eróticas se amoldan perfectamente á la flauta agreste de algun armonioso Menalco, pastor como ellos, mientras que la cabra lasciva trepa por la árida roca, se engarbita por las ruinas, ó rumina el amargo citiso. Cuántas veces no he contemplado idílicos reales y verdaderos en el sitio pintoresco donde se juntan los dos ríos Boun-Merzoug y Oued-Rummel á sescientos pasos de Constantina, bajo los arcos medio derruidos de un aeduceo romano! Todo mantenía la ilusión: el traje, el canto, la soledad y las ruinas. Ofrecía aquello un cuadro animadísimo; eran Virgilio y Teócrito en acción. Descatabase no lejos de allí un bonito grupo de lavanderas, judías ó árabes, que se reflejaban en la sonora corriente del Rummel. Admirando su hermosura, su gracia y sus alegres ecos de cantares y de risas, las veía desfilir una á una como la antigua ninfa con su ánfora romana en el brazo inclinado hacia los hombros.

Poco pienso decir acerca de la caza de la *matrocca* (liebre). Es una diversion rústica que consiste en seguir al pobre cuadrúpedo, cortarle el paso por todas partes y darle muerte á palos. No es diversion de príncipes en Argelia, porque desdeñan esta distraccion propia de pastores.

Aquellos cazan con leon como sus antepasados numidas ó con halcon en el Hodna, en las montañas y en las regiones saharienses como nuestros grandes de la edad media, á los cuales se parecen en otras muchas cosas. La carne de la liebre berberisca, que no se iguala á la de la Europa, es poco estimada de los árabes. Así es que la cazan solo por diversion ó por algun beneficio.

La operacion de hacerse afetar la cabeza es práctica constante é higiénica de la Arabia y constituyó uno de sus placeres. Por esto lo hacen tan á menudo como pueden.

Habia pensado hacer una descripción de las diferentes *smalas*, pero concluyo, porque no hay mas diferencia de aduar ó *smala* que la de la parte al todo. Representese al aduar con camellos, caballos, hombres armados, tiendas, temullo y algazara, y se obtendrá la impresion fiel en lo posible de aquellas ciudades ambulantes, de aquellas caravanas señoriales, de aquel movimiento en fin continuo y pintoresco.